

con una prueba más de su talento político y de su clara visión, integradora de territorios bajo un solo cetro: la muerte de Alfonso IX. Ocurre ésta en 1230, cuando el rey de Castilla se halla ante los muros de Jaén, que era una de las presas que más había deseado poseer el batallador rey santo. Pese al esfuerzo hecho para el sitio, a la ilusión que la reina sabía que en él tenía puesta, le envía a llamar urgentemente: hay que obrar con rapidez. Fernando reconoce la razón de los consejos de su madre y corre al reino que dejaba vacante su padre, Alfonso IX.

«Fablas de dueñas», llamó el P. Coloma a los coloquios entre las dos esposas —las dos viudas— de Alfonso IX, por cuyas «fablas» las hermanastras de Fernando le dejaban el trono de León. Libre de este obstáculo, Fernando III realizaba la unidad que se había roto en tiempos de Alfonso VIII, pero entregando en el momen-

to de la unión con León tantos nuevos territorios conquistados como los que la herencia traía consigo. ¿De quién es la obra de esta unidad? No cabe la menor duda que de doña Berenguela, que moría en la paz del Señor, tras haber dado al mundo un rey y un santo en una sola persona, en 1245.

De todas las *reinas católicas* de que nos habla el P. Flórez en el libro de este título, ninguna destaca con brillo tan imaculado y propio como doña Berenguela, dos veces reina (de dos reinos diferentes) y sobre todo madre y figura imperial. Formidable siglo el XIII, que lega a la Historia estos colosos, hombres o mujeres, que supieron echar los cimientos del Imperio más grande de la Historia. ¿Se concibe quizás un gran edificio sin sólidos cimientos? No. El edificio imperial de España fué fundamentado con sillares de este porte.

